





TABARNIA EN TIEMPOS
DE WAMBA

(TABARNIA SUB WAMBAE PRAESIDIUM)



Jean Garciant

TABARNIA EN TIEMPOS
DE WAMBA

(TABARNIA SUB WAMBAE PRAESIDIUM)



Primera edición: abril 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jean Garciant

ISBN: 978-84-17784-76-8

ISBN digital: 978-84-17784-77-5

Depósito legal: M-12674-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los que de veras aman su Patria
sin la ufania de los que la detestan*

*Alegre se puso el rey como nunca visteis tanto,
mandó cabalgar a prisa a todos los fijosdalgo,
y el rey de los primeros que montaron a caballo
por recibir los mensajes que le manda el bienbadado.*

Poema del Cid: cantar segundo.



PREÁMBULO

En 2013, tras haber sacado de los anaqueles de mi biblioteca el trabajo con el que me doctoré en Besançon (Francia), decidí completarlo buscando documentación complementaria que me permitiera proseguir mis estudios y verificar que efectivamente existen nexos arquitectónicos entre el arte visigodo y el muy singular Pre-románico Asturiano.

Puse un mail en la web para pedir ayuda a quien tuviera entre sus manos con qué ayudarme en mi empeño.

Tuve tres respuestas: dos desprovistas de sentido que me parecieron emanar: la primera, de la pluma de un farsante y la segunda, de la de un tunante.

La tercera me llegó de un cura párroco que oficiaba en una parroquia de Cangas del Narcea, en Asturias.

Escuetamente me invitaba el buen hombre a que, si la distancia no era un impedimento, me presentara en Cangas para mostrarme algo que, (por estar escrito en latín vulgar y no haber sido jamás leído por ningún profano, salvo él y evidentemente, el autor), merecía particular atención.

Tras haber sopesado los pros y los contras, accedí a su invitación y me presenté, a su aposento, una tarde de mayo.

Me acogió con aparente júbilo y una dosis de sorpresa porque, como me afirmó, poco después, estaba convencido de que jamás emprendería tan largo viaje ya que no tenía ninguna garantía de que lo que me había de enseñar correspondiera a mis indagaciones.

Descubrí a un viejo profeta, nada enraizado en el mundo virtual pero harto letrado. Lo supe durante todo el tiempo que permanecí en su agradable compañía.

Gracias a una de sus sobrinas, experta en informática, quiso compartir conmigo el secreto tesoro que guardaba en la sacristía de su iglesia y del que jamás había revelado la existencia a nadie. Sabía que numerosos eran los predadores de objetos valiosos, testigos del pasado y especialmente tratándose de incunables o pergaminos.

A las consabidas saluciones, siguió una botella de sidrina y un par de exclamaciones, debidas a la rapidez con la que había correspondido a su amable invitación. Acto seguido, el religioso me apremió a que le siguiera para no perder tiempo en naderías.

En la sacristía, detrás de un viejo confesional que se pudría en una esquina, justo al lado de una estatua descalabrada que representaba (supuse) una suerte de ángel desplumado y seriamente descalabrado, levantó cuatro enormes baldosas bajo las cuales, había un hoyo en el que descubrí, con asombro, la tapa de un baúl de reducidas dimensiones, todo cubierto con cuero repujado. ¡Pensé que nada más que el envoltorio valía una fortuna y que, por consiguiente, su contenido debía emparentarse con singular reliquia o suntuoso tesoro!

Lo sacó al tiempo que me explicaba que se trataba de un regalo hecho al monasterio de Corias por un eminente bibliotecario oriundo de Cangas y que, siendo él mismo bibliotecario del Monasterio, cuando supo que, por carestía de religiosos, el santo lugar sería restaurado para convertirlo en parador nacional, puso a salvo las reliquias que aún quedaban por vender o por robar.

Antes de abrir el misterioso e inestimable contenido, el cura se quedó inmóvil, seguramente sopesando las probabilidades de que el nombre de tan respetable eminencia me fuera del todo desconocido. Luego, me sonrió con cierta conmiseración y, en cuanto acabó de ponerse unos guantes de látex para no contaminar, por el contacto de la materia corrupta, el valiosísimo contenido, me dijo:

—El Padre Luis Alfonso de Carvalho, natural de mi Cangas natal, tuvo la maravillosa idea de preservar, para su biblioteca personal, estas cuatro preciosidades del pasado—y, con precaución de cirujano, comenzó a sacar la primera alhaja, a cuya vista, me quedé maravillado, incapaz de sofrenar la exclamación que casi siempre acompaña el asombro ante algo que rebosa el entendimiento. Verdaderamente, al ver aparecer aquella obra cargada de siglos, aunque de momento ignorara totalmente el contenido, me emocioné.

Era como asistir al milagro de la vida; como si la aurora hubiera decidido esconderse, durante siglos, en una caja fuerte, esperando la mano experta que supiera despertarla y animarla a irradiar de nuevo.

—¿Me puede usted explicar cómo tan valiosísimos tesoros han podido escapar a la codicia de los voraces buscadores de obras maestras con las que engalanar los dorados anaqueles de la Biblioteca Nacional o del Escorial?

—El Padre Carvalho fue nombrado rector del colegio San Gregorio de Oviedo y docente en la Universidad en donde, debido a sus incontestables y numerosas dotes, poco tiempo después, obtuvo el prestigioso cargo de gestor del archivo de la Santa Catedral de Oviedo.

Allí, ayudado por un puñado de discípulos, comenzó a verificar la calidad, los contenidos y el valor intrínseco, real y emocional de la cuantiosa colección de Códices, pergaminos e incunables que dormitaban, en estado de abandono, por los cuatro costados del claustro catedralicio...

Este que acabo de sacar es una hagiografía de San Tirso, muy venerado en nuestra tierra astur. Fue martirizado durante la persecución de Decio.

Como puede comprobar está maravillosamente iluminado.

—No es el que quiero mostrarle sino este —dijo, sacando el segundo tesoro del estuche forrado de cuero—, porque, en él, he visto numerosas referencias a la vida y estructuras sociales en tiempos de Wamba.

En realidad, tal y como lo ve, es la traducción de un antiquísimo pergamino, escrito en latín vulgar, por un monje, en tiempos de Ervigio. ¡No me pregunte dónde, aunque, por lo que he descubierto, bien pudiera haber sido redactado en el Monasterio de Samos, a petición de Adosinda, tía del futuro rey Alfonso II el Casto! ¿Por qué digo eso? Pues... sencillamente porque, a la muerte de Fruela, padre de Alfonso, su tía, buena cristiana y excelente consejera, le envió a Samos para que, al calor de la vida monástica, aprendiera a sofrenar sus pasiones y se instruyera en el arte de gobernar. En realidad, lo había enviado para protegerlo de los numerosos pretendientes que no hubieran vacilado para eliminarlo y atribuirse la tan codiciada corona regia que legítimamente le correspondía.

Lo que sí puedo afirmarle es que, por respeto a la obra, el erudito Carvalho ha dejado el título original *Tabarnia sub Wambae praesidium*, al que ha añadido la traducción correspondiente: *Tabarnia en tiempos de Wamba*.

Me quedé sin voz. Era la primera vez que oía aquel nombre.

A continuación, suputando que el pelele que le contemplaba boquiabierto no sabía ni pío de latín, sacó el tercer libro, diciéndome, muy quedo, que para poder ejercitarse en el arte de la translación, el Padre Carvalho había traducido la obra por entretenimiento, para uso personal pero también, en caso de que, entre los nobles de la ciudad, algún ignorante de la lengua de Cicerón se la pidiera y así pudiera leerla a su antojo...

—Ante todo, sepa que le permito memorizar el conjunto de la obra con su móvil pero no con su cámara fotográfica porque el primero no precisa el uso del *flash* mientras que la cámara sí.

¡Por lo tanto, usted verá si se decide a permanecer en esta villa montañesa, el tiempo que precise para hacer una copia manuscrita de su puño y letra o si prefiere remitirse a la tecnología moderna y precipitar su regreso a Francia!

Queda sin decir que el cuarto tesoro (que aún no le he presentado y que duerme en compañía de sus pares), es la segunda parte del que usted parece apreciar por encima de todo. Le prometo que,

en cuanto acabe de traducirlo a nuestra hermosa lengua, (¡el Padre Carvallo no tuvo tiempo de hacerlo!) ya le avisaré para que, si tal es su intención, lo pueda retratar también.

Fue maravilloso compartir estos insignes momentos con tan grata y admirable persona, nada interesada por los bienes materiales y perteneciente a un mundo caduco, hecho de humildad y de moderación.

Le quedé eternamente agradecido por la generosa e increíble propuesta.

Lleno de contento y de emoción, volví, al día siguiente al presbiterio y, en presencia de mi huésped, me puse manos a la obra.

Antes de regresar a mi tierra, con un tesoro en la memoria inocua e insensible del móvil, quise mostrarme generoso con mi huésped, invitándole a compartir conmigo una cena, no la última, sino la primera de una serie venidera.

Al subirme al ALSA, le remití un sobre con una pequeña compensación y la promesa de asociarle a mi trabajo.

¡Como se puede comprobar: es cosa hecha!

Sinceramente, en dicho documento no hallé nada que me permitiera dar un paso adelante en mi búsqueda de elementos arquitectónicos que denunciaran claramente los nexos existentes entre el arte Visigodo y el Prerrománico Asturiano.

No obstante, lo que descubrí, respecto a la existencia de Tabarnia, fue tan desconcertante que decidí regresar a Asturias para fotografiar el segundo tomo, conforme a la amable propuesta del señor cura párroco, don F. de Salgado y ofrecerlo al público, en caso de que tan singular documento sea de su agrado.

Y a ti, lector, que me acoges en tu casa, remito la integralidad del texto que me fue permitido rescatar del silencio de una trapa y del olvido, en un baúl.

Recíbelo, cual regalo, para que, con sus cualidades y defectos, puedas resarcirte de los cotidianos acosos de la gente desprovista de bondad y de altruismo. Me refiero a los políticos que bregan, noche y día, para que se cumpla el milagro del poder al que se

afianzan con tesón, sabiendo que pueden contar con la pasiva con-
nivencia de los que, a sabiendas o inconscientemente, se prestan a
sus deslices y caprichos.

Besançon, a 20 de febrero de 2017.

I

MUERTE DE RECESVINTO

Llovía en el pueblecito perdido en la Tierra de Campos. ¡Un auténtico diluvio sobre un suelo francamente árido!

Los sollozos celestes aumentaban la tristeza de Wamba que, en compañía de algunos nobles, se había dignado acudir a la hermosa villa palatina que Recesvinto poseía en Gérticos.

Allí descansaba, desde hacía semanas; prostrado en el lecho, por el cúmulo de extrañas enfermedades que se habían ido apoderando de la parte sana, corroyéndole el cuerpo e impidiendo que permaneciera de pie y menos que se ocupara de los asuntos apremiantes del reino. La edad madura le había impuesto sus reglas.

El médico había hablado de podagra, de atrofia y, debido al aliento fétido, también había mencionado una severa hidropesía.

El experto en dolencias agudas, había igualmente descubierto en el paciente, un compendio de enfermedades crónicas. Su diagnóstico había sido irrevocable: ¡los días le estaban contados al monarca! En los arcanos de su ciencia no había nada que le permitiera corregir los caprichos del mal.

En torno a él, se habían congregado buen número de pretendientes a la corona. Algunos espíritus torvos y muchas almas ennegrecidas por el carbón del odio y de la codicia se habían precipitado hasta el palacio regio, escondiendo en el pecho todos los tormentos y tormentas del infierno que no cesaban de atizar.

Considerándose más puros que patenas, en realidad, andaban más implicados que Judas en las oscuras y bajas maniobras con las que se barajaba la inminente subida al trono de un sucesor. Cada cual se creía tabernáculo de todas las virtudes y, por consiguiente, único digno de ser coronado.

Era la primera vez que se congregaban, en torno a Recesvinto, en número tan importante.

Cuando aún gozaba de buena salud física y moral, se habían mostrado rebeldes a sus apremiantes llamadas a que acudieran con sus huestes a socorrer el reino.

Todos sabían que el suelo patrio estaba constantemente amenazado y hostigado por cuantiosos enemigos, y no obstante, lo único que contaba, para sus augustas personas, era la tranquilidad del feudo y las ganancias que, en caso de que le prestaran ayuda, pudieran sonsacar.

Escasos habían sido los que habían acudido a la proclama de las leyes que el estado babilónico del reino no había cesado de reclamar a voz en grito.

Impulsados por insaciables apetitos de riqueza, habían permanecido fieles a sus disparatadas pretensiones. Los peores eran incontablemente los religiosos, cuya moralidad dejaba mucho que desear.

Sustentaban sus corazones de piedra con la animadversión por las leyes que pretendían vanamente sofrenar su insaciable apetito de riquezas. Se sentían ofuscados por la insistencia con la que Recesvinto se había inmiscuido en asuntos meramente clericales aunque, en realidad, solo se tratara de moderar el descomunal incremento patrimonial de los bienes pertenecientes a la iglesia.

En un momento de calma, el rey mandó a la guardia pretoriana que hiciera salir a los que no cesaban de barajar nombres predeterminados a sucederle. Le molestaban con sus incesantes cuchicheos. Había llegado incluso a sospechar que se deleitaban de antemano con su muerte. Eran idénticos a los buitres que aguardaban pacientemente a que la vida de sus presas se convirtiera en carroña para abalanzarse sobre ella.

Deseaba quedar solo, sin el agobio de las torvas miradas con las que le observaban.

Las incesantes charlas y las idas y venidas de los parlanchines le incomodaban sobremanera.

Cuando la nobleza comenzó a salir de la sala, Wamba, que hasta entonces había permanecido apoyado sobre el reclinatorio que el arzobispo había mandado colocar cerca del lecho real para redimir al moribundo de sus lastres perniciosos, en vistas de que su alma se presentase, ante el Todopoderoso, bajo mejor estela, los acompañó con la mirada.

Su posición le permitía observar detenidamente a los nobles que comenzaban a desfilan, ante él, por grupos en los que se debatían las medidas que se habían de tomar urgentemente para entronizar al que consideraran capaz de sobreponer, a los intereses personales, los sagrados del reino.

Los tejemanejes y chanchullos erraban de labio en labio con la ligereza de vuelos de mariposa. Todos se miraban con respetuoso desprecio y se consideraban con excesiva altanería.

Silencioso (pero atento a la composición de la comitiva), Wamba vio pasar, ante él, al tenebroso grupo de Septimarianos.

Al recorrer sus semblantes, no pudo disimular una mueca de repugnancia.

Estaba convencido de que los más distinguidos eran los menos virtuosos.

Nimbado por un vaho de altanería pueril, pasó el jocoso desnaturalizado Ilderico. Según dejaban adivinar sus torvas miradas y las mezquindades con las que agasajaba a sus allegados, nadie podía dudar que el único que debería alzarse con la corona era él.

A su lado, descubrió al vástago del bochorno y del tedio: el soberbio Porqueras, una suerte de barrica con cara de culo, un ojo tuerto y el otro huraño, condenado a vivir descifrando lo que con el sano descubriría y lo que el bizco desnaturalizaba.

Confitado en su sudor, se santiguaba a cada palabra que pronunciaban sus acólitos. Parecía dispuesto a sacrificar su rancia exis-

tencia de lameculos al mejor postor que, por cierto, era el íntimo enemigo de Ilderico aunque, por sus zalamerías de falaz, le manifestaba excesiva adulación en público.

Era este, secuaz de Satán y del denominado Brutus de Mons, (en todo el reino conocido bajo el manto indecoroso de: Putus Demonium).

El Brutus hispano, el falaz teorizante de la supremacía étnica de sus consorcios, llevaba melena de carnero.

Con su mirada torva de criminal oportunista, acechaba presas a su alcance.

Un auténtico advenedizo que nadie sabía de dónde diablos había salido pero que, por su donaire y vestimenta, parecía descender del mismo Júpiter tronante.

Físicamente, semejaba a una estatua griega estropeada por los elementos y sobre la cual un distraído hubiera olvidado momentáneamente alguna vieja prenda.

Hábil embaucador, espantapájaros móvil, acompañaba su abrumadora melopea con suspiros cargados de melancolía.

Sus aduladores, seducidos por el derroche de embelecocos con los que les aspergía, le respondían con las dulces sonrisas propias a los espíritus endebles y flacos.

Cuando hablaba (¡sólo se callaba cuando dormía!) emitía una suerte de sonidos estridentes, cuya resonancia primitiva denunciaba un horrendo chapurreo que nada tenía en común con la lengua vernácula.

Dicho en nuestra hermosa lengua: por su boca salían sonoridades bestiales, venidas de tiempos remotos que recordaban al hombre primitivo, desprovisto de lenguaje humanamente comprensible.

Al pasar cerca de Wamba, el minúsculo gigante de la suficiencia y egolatría le dirigió un saludo falsamente cordial, que desmentía la mirada asesina con la que le sentenció.

Pisándole los talones, a modo de paje pijo, dispuesto a trepar bajo sus pies, Wamba sintió el soplo azucarado del joven llamado: Artharo Mussus.

Su persona iba nimbada por una aureola de suficiencia que incomodó al mismísimo metropolitano Quirico.

De su augusta esencia se desprendía un vaho agridulce. Era su arma secreta: parecer, en todo aspecto, el más humilde de los hombres siendo, en realidad, la *seps*, de la que habla Isidoro. Ese áspid disolvente que —según reza el sabio hispalense— cuando muerde a un ser humano, al momento se disuelve en su boca.

Wamba, nada avaro en desprecio, le correspondió con otra mirada de misma índole. Supo, desde aquel encuentro, que el reino en caso de que la corona fuera a parar sobre la cabeza de tan horrenda serpiente, no resistiría ni un mes al empuje del africano ni al codicioso supremacista Putus Demonium que, como se repetía por toda la piel de toro, bregaba por romper con el resto del reino.

Entre los componentes de la embajada septimaniana, no halló a ninguno que mereciera simpatía. Al contrario, se sintió defraudado al no poder encontrar suficiente desprecio en su persona, para repartir entre los enemigos de la concordia y de la paz.

Todos le parecieron impregnados por el viperino veneno de la alevosía e iniquidad.

Obedeciendo a las órdenes regias, Wamba se dispuso a salir de la vasta sala pero, al momento en que se disponía a franquear el umbral, Recesvinto, con voz débil aunque persuasiva, le ordenó que se acercara al lecho.

Wamba le obedeció, intrigado.

En cuanto estuvo al alcance, el rey lo asió por el brazo y le obligó a que se acercara a él, para susurrarle al oído:

—¡Tú, no, querido y fiel amigo! ¡Deja que esos hijos de perra se vayan a roer otro hueso! ¡Quiero sentir tu presencia para que ninguna mano asesina pueda levantarse y hundir en mi pecho la daga criminal que cada cual esconde bajo su manto de armiño! ¡Quédate a mi lado porque, pese a que ya siento el frío aliento de la guadañera sobre mi cabeza, disfruto pensando en lo que deben sufrir los que durante todo mi reinado, no han cesado de fomentar

revueltas y firmar alianzas en vistas de alzarse con el poder!... ¡Que sepan que te he elegido y que rabien!

Hablaba con extrema dificultad. El aire que exhalaba exacerbaba el martirio que sufría. Cada palabra pronunciada le hacía sofocar.

No por ello se callaba.

Wamba lo compadecía sinceramente.

Consecutivamente a la enfermedad, Recesvinto parecía el reverso del hombre que había sido antaño. Se acordó de lo temerario que había sido en su tierna juventud, y de cuando cazaban juntos el oso o los lobos y también de cuando eran los primeros en lanzarse en la refriega, sin temor al enemigo.

Ahora, con las manos fuertemente agarradas a las pieles que cubrían el lecho, el rostro apergaminado y macilento, y la mirada vidriosa, aguardaba la muerte como suprema recompensa por su larga y heroica vida.

El natural de Pujerra se asombró cuando, en las pupilas (ya casi apagadas del moribundo), sorprendió el fulgor de una honda mirada con la que le decía el secreto afecto que sentía por él.

—¿Estamos solos? —preguntó Recesvinto, acompañando sus palabras con un guiño.

—¡Sí! ¡Solo los tres!

—¿Cómo que los tres? ¿Y quién es el tercero? —inquirió, con aparente indignación.

—La que ha venido a buscarte y que tanto pavor infunde...

—¡Bueno... yo pensé que te referías a un intruso! ¡A esa, dile que aguarde su turno! ¡Explícale que no tendrá que esperar mucho..., que ya estoy casi listo para emprender el postrer viaje! —hablaba con dificultad. Sus palabras fluían acompañadas por un silbido desgarrador—. ¡Pensé que me estabas señalando la presencia de alguno de estos desalmados, que solo se sienten en paz cuando han conseguido sembrar cizaña, fomentar discordias y devastar solares y condados! ¡Pero, amigo mío! ¿Quién pudiera imaginar que los que me espían y siguen, con disimulada atención, el ineluctable

avance de mi carroña hacia la nada, son origen y causa de cuantas guerras y plagas se abaten sobre el reino?

Wamba comprendió que se refería a los miembros de la iglesia, que tantos bienes distribuían oralmente y que tan acertados consejos prodigaban, sin soltar sueldo.

—¡La mayoría de ellos cantan maitines, sobre potras de nácar y, en periodo de abstinencia, ponen cara de asco ante el bodrio del populacho porque saben de antemano que, para mortificación del alma, se sentarán a la mesa del rico Epulón! Son como esos maricones que acaban de salir. ¡Me refiero a los de *Septimania*: ese vasto prostíbulo en el que, tras las representaciones teatrales de los numerarios, *burgarios*, duques y condes, no cesan de fomentarse revueltas y saqueos, en vez de buscar concordia y paz!

Wamba se sorprendió ante la inesperada avalancha de reproches con los que el moribundo adornó los nombres de los aborrecidos deshacedores de entuertos.

—¡Sobre todo, nunca te dejes seducir por la Circe septimaniaca, Faba Culeras, la gordita que se desvela por una ramera de *Barcinona* y que se ha presentado aquí, en Gérticos, movida por la curiosidad y el deseo de mostrarme su saña y desdén! Es semejante a una sanguijuela que, una vez que halla el manantial de sangre con el que se sustenta, a él se pega, hasta que se agote la fuente o se le aplaste como vil gusano.

¿Has visto al ruin conde de Lleida que, tras haber saqueado y destruido desde las márgenes del Ebro hasta la lejana Nimes, ha tenido el aplomo de venir a pedirme cuentas? Pues ahí lo tienes, seguro de que, en un porvenir muy cercano, se ha de ver proclamado rey de Septimania, de la Tarraconense y Narbonense. ¡Menos mal que, entre los malos, los hay que son aún peores que él! ¡Me refiero al astuto Ilderico, al que, en cuanto te sientes en el trono, deberás perseguir hasta que se rinda! ¡Si llegas a apresarle, no dudes en pasarlo por el filo de la espada! ¡Son todos tal para cual! ¡El mejor de ellos cobija, en su pellejo, las inconfundibles taras del Iscariote más ruin!...

Wamba sabía que Recesvinto había hecho cuanto estaba en su poder para convencer al conjunto de nobiliarios de que la unión hace la fuerza. Que aunándose, resultaría mero juego reducir a cenizas a los desalmados vascones o aplastar, en un santiamén, a los vecinos del África que ya, en varias ocasiones, habían intentado izar sus estandartes en tierras hispanas. Pero todos habían permanecido sordos a sus ruegos.

Eran socarrones y cobardes. Ante el acoso repetido del enemigo, siempre se habían mostrado indiferentes. ¡Como si las amenazas no tuvieran nada que ver con ellos!

Solo un puñado de fieles como él se habían alzado en armas y acudido a respaldar las fuerzas regias, en las incesantes luchas intestinas que debilitaban las estructuras básicas del vacilante reino.

Por eso, en hora tan acuciante, el agradecido rey había solicitado quedarse solo con él. ¡Quería que no cupiera la menor duda sobre sus intenciones! ¡Que todos supieran que Wamba, el fiel y leal defensor del reino y estricto observador de las leyes, quedaba públicamente designado por él como indiscutible sucesor!

Tras un momento de abatimiento y aflicción, Recesvinto volvió a abrir los ojos y, viendo, a su lado, al fiel Wamba, le susurró:

—¡Acércate! ¡Anda! ¡Acércate y presta atención a cuanto te voy a decir! ¡Primero, no te dejes jamás embaucar por la jauría que ya te está acechando cual *leo rugiens*!

¡Es tan grave confiar en todos como desconfiar de todos! Sabiendo que el poder nos viene tanto de la nobleza como de la iglesia, nos exponemos a ser asaetados tanto por los unos como por los otros, en cuanto se sientan defraudados... ¡Y no te olvides que defraudados viven y defraudadores mueren!

No pudo proseguir su diatriba porque un nuevo acceso de tos le llenó la boca de sangre. Trató de erguirse para vomitarla pero le faltaron fuerzas.

Renunciando definitivamente a los electuarios y cataplasmas que el médico no cesaba de preparar, vencido por el cansancio, se quedó adormecido.

Wamba quiso prestarle ayuda pero permaneció inerte, seguro que el médico que atendía al enfermo ya había agotado todas sus artes para mantenerlo en vida.

Un pesado silencio se adueñó de la sala, en la que unas antorchas escupían más humo que claridad.

Era el pesado manto de la muerte desplegado sobre los sobresaltos de la vida, antes de extinguirse definitivamente.

Quiso interrogar con la mirada al médico pero, viendo que el experto en el arte de matar lo sano permanecía indiferente ante el estado crítico del paciente, supo que todo era cuestión de minutos; que Recesvinto estaba a punto de exhalar el postrer suspiro.

Afuera, un clamor sordo de voces cargadas de indiferencia cundía por los aires y, por olas, penetraba en la sala, cual plegaria anunciadora de duelo.

Pero, como si las palabras acerbas con las que ciertos nobles adornaban su memoria llevaran en sus pliegues bálsamos redentores, el monarca, cual nuevo Lázaro, una vez más, emergió del sopor en el que yacía y reanudó el hilo roto del monólogo.

—¡Ay, amado amigo...! pues... como te decía: ¡ten cuidado porque, mientras satisfagas los caprichos de todas estas hienas, que aguardan impacientes que me muera... te considerarán con condescendencia! Pero, ¡ay! Dios mío, en cuanto se sientan defraudados, no tardarán en empuñar la espada, para indicarte el camino que has de seguir e imponerte su santa voluntad.

¡Sírivate de lección lo que ocurrió con el malvado Froja!

¿Te acuerdas de aquel ingrato? Pues... sabrás que... habiendo sabido granjearse mi aprecio y el de mi padre, tuvimos la flaqueza de nombrarle duque de la Tarraconense... pero el muy ladino, en cuanto le llegó el eco de la muerte de mi padre, aprovechando las refriegas y disturbios que los malditos vascones no cesaban de fomentar, no tardó en ofrecerles sus servicios. ¡Solo para jodernos! Autoproclamándose jefe de todos los renegados y traidores que encontró a su paso, formó un ejército con el que no paró de sembrar desolación y muerte por todos los pueblos y villas del valle del

Ebro... Y no contento con sus crímenes, se puso en marcha hacia Zaragoza, que asedió durante largos y angustiosos meses. ¡Fue así como nos mostró su gratitud!

Por ventura, el gobernador de tan noble ciudad demostró ser vasallo fiel y leal. De manera que, oponiendo a las armas asesinas del traidor, el coraje y lealtad de sus reducidas tropas, supo contener el asedio hasta que, al mando de nuestras mesnadas, llegamos a las murallas de la heroica ciudad. Al vernos tan disciplinados y decididos a lidiar, los vascones, —temerosos de nuestra superioridad numérica— ¡de no haber sido así, jamás se hubieran desperdigado en desbandada por el valle! —abandonaron el sitio, dejando solo al alevoso Froja.

Al evocar aquellos eventos, Recesvinto parecía iluminado por un nimbo de felicidad.

—¿Me creerás si te digo que fue aquel un día jubilario? ¡Imagínate! ¡Ver venir hacia el campamento a sus propios soldados para entregarnos al traidor Froja! ¡Qué deleite!

¡Resultaría imposible medir, con palabras, el placer que sentí al ver aquel fante, tembloroso e implorante, pedir clemencia y prometerme eterna gratitud! ¡A mí... eso de clemencia... siempre me sonó a debilidad, cobijada bajo el palio de la virtud! El cínico traidor me juró sumisión y prometió las zalamerías propias de los cobardes. ¡Pensó poder enternecerme! Su temor a la muerte le hacía tiritar. ¡Daba lástima tanta falsa humildad en un semblante naturalmente altanero!

Al verlo así, trepando a mis pies cual sierpe venenosa, me dio tanto asco que, para abreviar su calvario y rematar mi victoria, hice volar por los aires mi espada y, con golpe certero, su cabeza rodó sobre la hierba.

Acto seguido, mis guardas hundieron sus aceros en el charco de sangre, y blandiéndolos, con fiereza, pronunciaron votos contra los felones venideros...

El rey, extenuado por tanta rememoración bélica, perdió conocimiento.

Posando los ojos cansados sobre el cuerpo demacrado del moribundo, Wamba pensó que, quizás, lo que le acababa de revelar (y que ya se lo había contado en varias ocasiones), era para decirle que: *«la muerte comienza con el olvido»*.

Mientras indagaba, en los repliegues invisibles de la memoria, algunos momentos compartidos con Recesvinto en los campos de batalla, este emergió, una vez más de su letargo y pidió agua, para secar el volcán que le ardía en el pecho.

De nuevo se puso a divagar, y a evocar recuerdos menos lustrosos que los de la liberación de Zaragoza. Súbitamente, en un delirio épico, su cerebro se perdió de nuevo en los meandros del pasado.

—¡No se te ocurra jamás convocar un concilio porque no existe nada más incongruo que la voluntad de un religioso! Los obispos fueron y son aún mi pesadilla. Estrechamente vinculados a la nobleza por su arraigo al dinero, (*«¡más cercanos me son mis dientes que mis genitores!»*) no cesan de buscar idóneos chivos expiatorios para apropiarse indebidamente de sus bienes y luego, en cuanto han logrado despojarlos y arruinarlos, los entregan a la vindicta del vulgo para que satisfaga, en ellos, su saña, apedreándolos y sentenciándolos a muerte. Hubo un nuevo acceso de tos, causado por el desmesurado esfuerzo.

Wamba vio un hilillo de sangre fluir por la mejilla del monarca. Llamó, a voz en grito, al médico, el cual, nada incomodado por lo que veía, clamó solemnemente: *«pleuris dolor lateris est acustus cum febre et sanguinolente sputo»* y tornó a sus santas ocupaciones, diciendo a Wamba:

—La salud de nuestro rey no depende de la intensidad de tus gritos sino de la clemencia celeste. ¡Bien creí que el enfermo erais vos!

Wamba, viendo que el celador se disponía a administrarle un diacodión a base de adormidera, dominó su cólera y aguardó hasta que, una vez más, el monarca emergió de su letargo.

Pese al estado de extremada debilidad en el que se hallaba, Recesvinto parecía inspirado por una fuerza sobrenatural, al evocar

tan lejanos episodios de la vida en la corte. Hablaba con dificultad creciente, pero, en su voz, había destellos de lucidez y de entusiasmo.

Antes de renunciar definitivamente al mundo caótico que había heredado de su padre, Recesvinto hizo jurar a su heredero que jamás cesaría de castigar al áspero pueblo vascón:

—...Y sobre todo, no te olvides que el mejor eclesiástico y el mejor noble son aquellos que solo acuden a palacio cuando los reclama el deber... y no los intereses.

Poco después, ante la mirada humedecida de Wamba, el buen monarca rindió el alma a quien se la había dado...

El médico, secundado por el metropolitano Quirico, salió de la sala, en donde yacían los restos mortales del monarca, dando a entender que había hecho todo cuanto le había sido posible, sin que el milagro que todos esperaban se produjera.

Los nobles, arracimados por provincias y afinidades, no tardaron en acudir a la sala mortuoria para tributarle el último homenaje.

Desfilaron a paso lento, depositando, sobre la frente fría del recién fenecido, la mano derecha en signo de vasallaje.

Luego, antes de que el metropolitano pronunciara palabra alguna y que les remitiera las últimas voluntades del monarca, se reunieron en el parque de la hermosa villa para comentar los eventos y planear el porvenir que se anunciaba.

Wamba, indiferente a cuanto se tramaba en derredor suyo, había permanecido absorto e inmóvil en el umbral de la puerta, con aire desengañado.

Finalmente, empujado por una fuerza contraria a su voluntad, salió al parque para respirar hondamente y aclararse las ideas. Para sorpresa suya, se halló ante un puñado de obispos, condes y duques que, al contrario de cómo se lo esperaba, al verlo, desenvainaron la espada y con los brazos en alto, le proclamaron, al unísono, legítimo heredero.

Tan acertada decisión dejó perplejo al metropolitano Quirico, que se disponía a anunciarles las últimas voluntades del difunto

monarca, y que eran, en todo punto, conformes a las que acababan de expresar.

Mayoritariamente, los nobles y religiosos allí presentes tenían conciencia que Recesvinto había sido uno de los monarcas que más habían hecho por el bienestar de sus súbditos y la estabilidad del reino.

Urgía pues hallarle un sucesor capaz de rivalizar con su tesón y empeño. Alguien decidido a rescatar el reino a las garras de sus insaciables predadores.

Poco después, mientras, en la regia capilla, el buen prelado prorrumplía en lúgubre Tedeum y cubría, con honda mirada, a la nobiliaria asamblea, vio que los de la lejana Septimania y de la Tarraconense permanecían apartados, como si la muerte del monarca no tuviera nada que ver con ellos. Los crucificó con mirada llena de reproches.

Los leales y valientes que siempre habían acudido con sus mesnadas a los campos de batalla, cuando se jugaba el porvenir del reino, quisieron pedirles explicaciones pero, ateniéndose a los sabios consejos de los condes de Bética, Cartaginense y Galicia, prefirieron ignorar el escalofriante comportamiento de los traidores.

Nada decidido a precipitar los eventos, Wamba, que había observado, uno a uno, los componentes de cada grupúsculo, y que sabía que nada se podía esperar de los de Septimania, fingió total desinterés por lo que tramaban.

Lo que sólo le parecía importante, en aquella hora trágica, era saber cuál sería la protocolar puesta en marcha de la velada fúnebre.

Le pareció grotesco e indecente que el metropolitano Quirico, olvidándose del papel que debía jugar, respecto al rito religioso para encaminar al recién fenecido por las vías que conducen inexorablemente ante el tribunal supremo, se asociara a sus pares para reiterar la propuesta de remitirle, *in situ* y sin demora, los atributos del poder. Según sus alegaciones, el reino no podía permanecer un segundo sin monarca.

Entre dos plegarias y un sordo juramento, Wamba se preguntó si poseía realmente las dos virtudes que requiere la realeza: la justicia y la piedad.

No supo contestar a tan agobiantes inquietudes hasta que, a veinte pasos de él, oyó cómo el santo varón de Dios, Quirico, antepone el salvamento del reino al del alma del difunto, haciendo que, en un santiamén y por obra y gracia del espíritu del santo varón, y en nombre de la asamblea, quedara designado legítimo sucesor.

—¡En nombre de tus pares y por expresa voluntad del Todopoderoso, así como por demanda de nuestro añorado rey, yo, Quirico, metropolitano de Toledo, y representante de nuestro Señor en la Corte, para asistir, aconsejar y enmendar los yerros de nuestros gobernantes seculares, ateniéndome a los trágicos acontecimientos de los que somos testigos, y si tal fuera tu intención de corresponder positivamente a tan augusta proposición, aquí mismo y en el acto procedería a tu coronamiento! ¡Grande sería el júbilo con el que tus pares y súbditos acogerían, en *aquesta fermosa* villa de Géricos, tu subida al trono! —declamó untuosamente, el máximo representante de la autoridad eclesiástica de las Españas.

—¡Con gratitud y entusiasmo acogiera yo vuestra solicitud! No obstante, considerando el agobiante peso de tan alta recompensa, permítaseme que valore pausadamente la suma de mis dotes para aceptar, servir y consolidar la corona. ¡Prometo solemnemente que, en cuanto mis facultades hayan sopesado los pros y los contras de tan alta solicitud, os daré mi respuesta!

En su foro interior pensó que, sometándose al dictamen de la nobleza allí concentrada, muchos serían los nobles que no tardarían en acusarlo de haberse levantado con la corona, valiéndose de las trágicas circunstancias que azotaban el reino. ¡No quería que nadie pudiera acusarlo de usurpador!

Dirigiéndose lentamente hacia el grupúsculo formado por los condes de Septimania y de la Narbonense, y tras hondo análisis de las bellaquerías que se concentraban en sus semblantes, comprendió que, de su decisión, dependería el porvenir del reino puesto

que, tanto Ilderico como Putus Demonium, Porqueras; Artharo Mussus y la doncella Faba Culeras y la más desnaturalizada, la indefinible *Porca-Adell* darían con el culo en las goteras, arruinando a paso agigantado el reino.

Les miró detenidamente antes de brindarles una sonrisita sarcástica. Solo con verlos, supo que su deber era combatirlos hasta que vomitaran todo el cieno que llevaban en el corazón. Destruirlos y aniquilarlos para que las Españas pudieran renacer de sus cenizas.

Solo por el enfado que sorprendió en sus semblantes, se decidió a aceptar el reto.

El odio que denunciaban sus pérfidas miradas le pareció suficiente incentivo para sostener el desafío. De súbito, decidió batallar, contender y pelear con ellos, hasta hacerles morder el polvo.

Los argumentos y exhortaciones del conde de Tabarnia, aparentemente decidido a mantener a flote los intereses de la corona, también influyeron en su decisión.

Sabía que el tabarnés Alberthus Ripa era, entre los nobles del reino, el más cabal; que nadie ni ninguna estratagema podrían desolidarizarlo de la corona.

Parecía haber nacido para servir de ejemplo a los que andaban errados por las vías tan angostas y dificultosas del honor.

Volviendo al gremio de nobles que, en torno al metropolitano, aguardaban su decisión, les dijo:

—¡Puesto que tal es mi destino, hágase conforme a vuestra voluntad! No obstante, para que no quepa la menor duda sobre la legitimidad de mi mandato, y que nadie pueda aseverar que mi elección es debida a oscuras maniobras, emparentadas poco o mucho, con la usurpación, pongamos como fecha el 20 de septiembre en la Capital.

¡Que la ceremonia de entronización tenga lugar en Toledo, en la iglesia pretoriense de San Pedro y San Pablo, y en presencia de nuestro bienquisto Quirico! ¡Permítaseme rogar a vuestras excelencias que se presenten, en dicha iglesia, a la fecha que acabo de

poner, para que se proceda a la subida al trono de aquel que más garantías ofrezca para salvaguardar y proteger los intereses de nuestro amado reino!

Fiel a su imagen, Wamba, antes de que los allí presentes emprendieran el retorno a sus lejanas comarcas, decidió acercarse discretamente al grupo septimanense para recoger, al vuelo, algunas de sus numerosas dolencias y quejas contra la corona.

En la cripta de la capilla que Recesvinto había hecho consagrar, a treinta pasos de su palacete, Quirico había iniciado la fúnebre oración de despedida del alma del difunto.

Aguardando que se cumpliera el ritual de la aspersion y unción con los santos óleos del cadáver para que su alma encontrara fácilmente el camino de la gloria y la entrada del paraíso, Wamba se fue acercando al gordinflón Porqueras que, en aquel preciso momento susurraba, al oído de Artharo Mussus, el plan que había urdido para escurrirse de la tutelar garra palatina.

Hablaba con voz de devoto francamente lameculos.

Era tal y como se lo había descrito el cósmico viajero.

Física y moralmente, Porqueras correspondía exactamente al prototipo de persona indecorosa. Wamba aborrecía a todos los que aparentaban lo que no eran y que se consideraban por encima de la ley.

Despreciaba a los bribones de su temple que, por no ser nada francos, jamás se sentían responsables de sus desvaríos y que pensaban que, remitiéndose al cielo, cualesquiera que fueran sus crímenes, el santo que invocaban les desgravaba, ante el Todopoderoso, del lastre pernicioso que les ennegrecía la conciencia.

El tenebroso Porqueras hablaba de Toledo y de la corona con palabras acerbas, que, conforme iban saliendo, imprimían en su rostro de lechón en pepitoria muecas de revulsión.

Totalmente indiferente a la muerte de Recesvinto, gozaba Porqueras de la alentadora presencia, a su lado, de algunos vascones, entre los que destacaba el impostor que se había autoproclamado duque de Vasconia pero que, en realidad no era más que un asesino

al que se atribuían numerosas escaramuzas, saqueos e incendios en tierras cántabras: el maléfico Yzarrotegui.

Dicho portento hablaba una suerte de lengua incomprensible que nada tenía en común con la de los verdaderos habitantes de la Hispania que los Visigodos habían conquistado y elevado al rango de reino.

—¡*Sanctus Georgos* nos venga en ayuda y nos aporte sus luces en el *processus* que, en cuanto lleguemos a nuestra santa tierra, propondremos al vulgo! —decía Porqueras al vascón—. ¡Con un puñado de mentiras, hábilmente repetidas, no tardaremos en convencerlo de que Toledo nos roba! ¡Tal y como lo oís! ¡Así, caros amigos míos, contando con la credulidad de nuestros siervos y la fogosidad de nuestras mesnadas, lograremos imponer nuestra voluntad y nuestra fe en nuestro porvenir, y otorgaremos *dictaduras* a los más merecedores, como hicieron nuestros antecesores latinos!

Enardecido por la voluntad de destruir lo que Porqueras calificaba de hormiguero visigodo, Putus Demonium babeaba ante el olímpico dios y sus genuinas ocurrencias. Lo miraba absorto, cual estúpido ente, colmado de escasas luces y tamañas aspiraciones.

—¡Que tus santos sostengan y guíen las espadas que han de hundirse en los pechos de los menesterosos de la Tarraconense, Bética, Cartaginense y otros tantos territorios, poblados por infames y famélicos labriegos! ¡Que soplen los vientos favorables de la justicia, aportando, a nuestra Ilerda y a nuestra Girona, el auge que merecen y que, por fin, remitiéndonos a Sanctus Georgos, se emancipen del pesado e insoportable yugo toledano y que, por fin, nazca, en el nuevo horizonte que ya se perfila para nuestra amada tierra, un sol eterno al que todos los pueblos de la pérvida Europa rindan honor y contemplen cual perla de inestimable valor!

Al oír tan augusta melopea, Carminia Porca-Adell, histérica y enfática, pese a que jamás había vertido lágrima alguna, incluso cuando perecieron sus padres en el incendio de su villa, al escuchar la melodiosa voz de su mentor, prorrumpió en llanto.

—¿Acaso mis palabras han arañado tu ejemplar virtud?

—¡No monseñor! ¡Que no se engañe nadie pensando que, porque soy hembra, carezco de tesón y de hombría! ¡Si, por primera vez, se me ha asomado, al rostro, el soplo de una emoción es porque, hasta hoy, jamás había comprendido cuántas verdades pueden dormir a la sombra de una ilusión! ¡En este preciso momento, mientras este puñado de infames se ocupan de enterrar a esta carroña, he tenido una iluminación: me he visto coronada en Barcinona, en medio de una muchedumbre entusiasmada por el nacimiento de nuestro glorioso reino! Un reino que seguirá los pasos del difunto imperio romano. ¡Seremos los legítimos herederos de Roma y llevaremos, al confín del universo, nuestro estandarte: esas barras, rojas y amarillas, consteladas por una lluvia de estrellas! ¿Cómo queréis, monseñor, que permanezca impertérrita? ¿Acaso pretendéis que, porque llevo sayal, tengo menos sangre en mis venas que los varones? —hablaba acalorada y echaba destellos por los ojos de víbora que separaba una nariz en forma de pene penitente.

Wamba oía todo aquel cantar neroniano, confiando en que ninguno de los que discurrían sobre el porvenir de la monarquía pudiera sospechar su presencia.

Vio acercársele al malvado Yzarrotegui. Había constatado que, durante todo el tiempo de la protocolar ceremonia fúnebre, el vascón no había apartado ni un instante la mano del pomo de la espada.

Falaz y pendenciero, llevaba las manos eternamente empapadas con sangre inocente aunque siempre hallase algún argumento estafalario para justificar su propensión al crimen.

Alegaba que los vascones eran de raza superior al resto de los hispanorromanos, judíos, cántabros y astures y que no soportarían jamás doblegarse ante ningún pueblo inferior.

La suma de peligros que, en tan corto plazo, vislumbró el futuro monarca hizo que, durante un par de horas, estuvo por renunciar a su elección pero, decidido a sofrenar el ímpetu de tan torvos y malévolos servidores de la monarquía, juró, para sus adentros,

que mientras tuviera, entre sus manos, las riendas del poder, no cesaría de perseguir a los enemigos del pueblo, de condenar a los culpables y de proseguir la labor de sus antecesores, consolidando el reino y ajusticiando a sus enemigos.